

SUSCRIPCIONES.

En Madrid, á LA ÉPOCA, por un mes. 6 rs.
 A LA ÉPOCA y á EL PENSAMIENTO, con
 figurin de modas. 10
 A LA ÉPOCA y á EL PENSAMIENTO, con
 figurin de modas, en provincias, por
 trimestre. 40

Se suscribe en Madrid, librería de **Monter** y
 oficinas de **LA ÉPOCA**, Huertas, 14, pral.

ADMINISTRACION.

En lo referente á la administracion, dirigirse
 al editor administrador de LA ÉPOCA, D. Agus-
 tin Aguirre. Á quien deben pedirse las suscri-
 ciones de provincia, acompañando libranza.

Se admiten **anuncios** á un cuarto la li-
 nea, insertándose á las veinte y cuatro horas
 de presentados.

LA ÉPOCA.

PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

La Gaceta del lunes y martes publica los siguientes partes del teatro de la guerra:

«El capitán general de Cataluña participa desde Mieras en 2 del actual que las filas enemigas disminuyen notablemente por la presentación á indulto de muchos armados, sin que baste á contener el rigor que los cabecillas emplean; que el buen espíritu de los pueblos se manifiesta por el considerable número de los que siguen pidiendo armas para rechazar las agresiones de los rebeldes, notándose los de Lladó y Lleoy, que tocaron voluntariamente á somaten contra una gavilla de sesenta hombres.

«El general segundo cabo de Cataluña participa en 4 del actual que hallándose en el pueblo de San Aniol una partida de la caballería de Marsal custodiando los caballos enfermos, el general en jefe dispuso saliesen á sorprenderlos los tercios afectos á su cuartel general, lo cual tuvo un éxito completo, habiendo sido cogidos quince facciosos prisioneros, entre ellos tres titulados oficiales, seis caballos, muchas monturas y otros efectos; finalmente, que el día 4.º se presentaron á indulto en Gerona doce facciosos.

«El mismo participa en 2 del actual que la columna de Berga hizo el 28 del anterior á la faccion un muerto y siete prisioneros, entre ellos un cabecilla.

«El general en jefe del ejército de Cataluña, desde su cuartel general de Rupit en 4 del actual, participa que el coronel don Diego de los Rios, cumpliendo con las instrucciones que le habia dado, se dirigió en la noche del día anterior con la brigada de su mando al pueblo de Amer, donde se hallaban los cabecillas Marsal y Soballs con unos trescientos hombres; que distribuidas las tropas del modo conveniente para sorprenderlos en la poblacion, marchaban con precaucion y silencio, cuando rompieron el fuego sobre ellas las escuadras avanzadas que tenian los enemigos, y en el acto entraron aquellas en el pueblo á la bayoneta, logrando hacer prisioneros un jefe, cinco oficiales, dos sargentos y veinte y ocho soldados, con los once caballos que tenian, habiendo cogido sobre sesenta armas y otros muchos efectos, entre ellos los pertenecientes á los dos cabecillas expresados, que á pie se fugaron de sus alojamientos al oír los primeros tiros, debido á que se disponian á marchar cuando fue ocupado el pueblo por nuestras tropas.

«Manifiesta tambien haber causado á la faccion varios muertos, cuyo número no expresa, porque el coronel Rios no pudo decirlo en su parte por haber dado este en el momento de concluida la sorpresa.

«En comunicacion separada, desde Vich, dice haber recibido dos partes del brigadier Manzano, fechas de 1.º y 3 del actual, expresando en el primero el encuentro que tuvo dicho brigadier cerca del pueblo de Estany con las facciones reunidas de Plans de Rubi y Ballarda, en el que les causó cuatro muertos y varios heridos, entre los que se encuentra de gravedad y prisionero dicho cabecilla Plans de Rubi, cogiéndoles un caballo, una acémila de brigada y algunos efectos de guerra. Y en el segundo refiere que el encuentro que tuvo en las inmediaciones de Puig-gracios contra la misma faccion de Ballarda, le causó nueve muertos y catorce prisioneros, entre ellos un titulado oficial, cogiéndoles ademas varias armas de fuego y otros efectos.

«El capitán general de este distrito, refiriéndose á parte que le ha dirigido el 8 del actual desde San Martín de Montalban el brigadier comandante general de Toledo, D. Antonio Ramirez Arcas, dice que este jefe, despues de treinta y cinco leguas de marcha forzada y pasando el Tajo á nado con los treinta caballos de guardia civil y nueve del regimiento del Rey, logró alcanzar á la faccion Bermudez cerca del pueblo en que fecha su escrito.

«Los rebeldes, en número de sesenta hombres montados, fueron deshechos y batidos por los valientes que mandaba el brigadier Ramirez, quien hace una especial mencion del bizarro capitán de la guardia civil, D. Matias Rodriguez, y del no menos arrojado teniente del rey, D. Manuel Soto, que respectivamente mandaban la fuerza de uno y otro cuerpo. Estos oficiales, que se batieron denodada y personalmente, fueron imitados por sus subordinados, siendo el resultado de este ventajoso encuentro dejar los rebeldes en el campo gran número de muertos, entre ellos uno que se titulaba coronel, otro jefe de estado mayor, y los demas de diferentes clases.

«Quedaron en poder de las tropas de S. M. cuatro caballos, diez y nueve escopetas, tres trabucos, cuatro carabinas, siete fusiles, nueve sables, pistolas, municiones, cananas y otros efectos. Por nuestra parte se cuentan algunos heridos levemente y dos guardias de gravedad, todos en el pecho y en la cabeza, sin haber dado lugar á recibir una sola herida por la espalda. El brigadier Ramirez encarece el comportamiento de la fuerza que tomó parte en la accion, así como el de la infanteria que en reserva siguió todos los movimientos.»

LA ÉPOCA.

En nuestros anteriores números lo hemos manifestado ya: si el sacudimiento que acaban de sufrir, que todavía están sufriendo casi todas las naciones de Europa, es estéril en resultados útiles; si en vez de libertad y ventura trae reaccion y desdichas para los pueblos, cúlpese á los excesos de la revolucion; cúlpese á los que han pretendido desnaturalizarle, sacándole de sus justos límites y torciéndole en la direccion que mejor cuadraba á sus locas utopias ó á sus miras menos patrióticas que ambiciosas. Nada es, nada puede ser tan funesto para la sólida libertad y para la bienandanza de los pueblos como los excesos de la anarquia; porque esos excesos labran el descrédito de las instituciones, á cuya sombra se cometen y disponen los ánimos á una reaccion funestísima. Cansadas las naciones de una lucha sin término; abrumadas por un malestar profundo, llega un caso en que someten su cuello al yugo del mas absoluto poder, ó ceden humillados al sable de un dictador...; Así suelen resultar perdidos y vanos los mas patrióticos, gloriosos y heroicos esfuerzos de los pueblos! ¡Por esos lamentables excesos de unos pocos se conserva tan difícilmente el fruto de las revoluciones legítimas, de aquellas cuyo objeto no es otro que extirpar los abusos envejecidos, introducir reformas benéficas, rejuvenecer y dar vida lozana á las sociedades seculares! Pasando de un extremo al opuesto, sucede que los pueblos giran perpetuamente dentro de un círculo, cuyos dos polos son el despotismo y la anarquia.

Por fortuna nuestra, la España ha presenciado casi tranquila esta terrible crisis, y se encuentra en la mejor disposicion hoy para deducir de esos grandes sucesos enseñanza muy provechosa. Ella ha visto hundirse en febrero de 1848 el trono que alzara en Francia la revolucion el año de 1850; ella ha visto imponer leyes á muy poderosos monarcas; ella ha visto vacilar las monarquías asentadas sobre firmes cimientos, abdicar algunos príncipes sus coronas, harto pesadas y duras en una época tan aciaga; ella ha visto, en fin, retemblar el Vaticano al estampido del cañon, y huir de la ciudad santa el sucesor de San Pedro. Y despues de presenciar sucesos tan memorables en un corto número de meses, ha visto la España ahogarse en su propia sangre el

socialismo frances, y fundarse una república que solamente en el nombre y en accidentes de poca importancia se distingue de la monarquía que la precediera; ha visto domada la revolucion en Viena y en Berlin por la fuerza de los monarcas, robustecida con la de los pueblos, á quienes los excesos revolucionarios era imposible que dejasen de indignar; ha visto disueltas las asambleas populares en algunos países; ha visto, por último, dar comienzo á un periodo de reaccion, que sabe Dios hasta dónde podrá llegar. Y mucho mas la falta ver todavía en ese sentido reaccionario, si no hay la cordura suficiente para desistir de locos intentos, persuadidos de que nada interesa tanto como la conservacion del orden, garantía la mas segura de una libertad justa y razonable.

¿Aprovechará la sensata España un ejemplo tan reciente y significativo? ¿Podremos esperar que nuestra patria, despues de tan repetidas guerras, de tantos azares y tan prolongada como amarga esperiencia, se liberte del escollo en que chocan otras naciones, evitando el naufragio de sus instituciones, á tan duras penas conquistadas, y de sus mas halagüenas esperanzas?... ¡Ah! ¡Entonces bien podiamos esperar el porvenir mas venturoso! ¡Entonces seria muy probable que el árbol de la libertad echase hondas raices en nuestro suelo, estendiese sus frondosas ramas, y diese pronto el fruto copioso y sazonado que le arrebatara en flor el vendaval de las pasiones políticas!

Y todo esto no solamente puede, sino que debe suceder. Verdad es que entre nosotros el choque de los partidos ha dado origen á repetidas perturbaciones; pero en medio de ese choque, el poder conservador ha logrado sacar salvos los principales elementos de orden y de gobierno, facilitando de esta suerte un porvenir pacífico y halagüeno. Por otra parte, nuestras diferencias políticas no son tan profundas que no dejen esperanza de un término pronto y ventajoso para el país; y por fortuna la lucha social no existe en nuestro suelo. Despues de lo que se ha visto en otras naciones, ¿habrá muchos de nuestros compatriotas que consideren fácil ni provechoso un cambio radical en las instituciones? Despues de haber visto que la Francia republicana apenas se diferencia de la Francia durante el reinado de Luis Felipe, ¿considerarán, ni aun los mas fanáticos, que ofrecería ventajas el establecimiento de una república? Nunca ha sido republicano en España partido alguno respetable por el número y calidad de las personas que en él militan; y ahora, despues de los desengaños que todos presenciamos, es imposible que, plegando su antigua bandera, enarbole una desacreditada ya, en pos de la cual llegaría triunfante la enseña del despotismo.

Lo probable es que llegue pronto á su término esa lucha

FOLLETIN DE LA ÉPOCA.

PAULINA.

NOVELA

DE M. ALEJANDRO DUMAS.

VI.

Mi primer cuidado fue buscar un aposento para mi hermana y para mí; así fue que el mismo día me presenté á mi banquero, el cual me indicó una casa pequeña amueblada, y todo muy conveniente para dos personas y dos criados: le encargué que terminara el ajuste, y á la mañana siguiente me escribió que la casa estaba á disposicion mia.

Mientras que la condesa descansaba, me hice conducir á una lencería, y la dueña del establecimiento me compuso en un instante un ajuar de casa muy sencillo, pero completo y de buen gusto: dos horas despues estaba marcado con el nombre de Paulina de Nerval, y era trasladado á los armarios del dormitorio de aquella á quien iba destinado. Inmediatamente entré en casa de una modista, que desplegó la misma celeridad en su trabajo, y en cuanto á las ropas, como yo no podia encargarme de dar las medidas, compré algunas piezas de las telas mas bonitas que pude encontrar, y supliqué al mercader que me enviase una costurera aquella misma noche.

A mediodía estaba de vuelta en la fonda, donde me dijeron que mi hermana habia despertado, y me esperaba para tomar el té: la encontré vestida con un traje muy sencillo, que habia tenido tiempo para que le hicieran en las doce horas que habíamos estado en el Havre. Estaba encantadora.

—Mirad, me dijo cuando entré; ya me veis en el traje de mi destino: ¿vacilareis ahora en mirarme como una maestra?

—Haré todo lo que me mandeis.
 —¡Oh! no es así como debéis hablarme; y si yo hago mi papel, me parece que olvidáis el vuestro; los hermanos, en general, no son tan sumisos á las voluntades de sus hermanas, y sobre todo los hermanos mayores. Cuidado no os hagáis traicion.

—Verdaderamente admiro vuestro valor, le dije, dejando caer mis brazos y mirándola; con la tristeza en lo profundo del corazón, porque sufrís en el alma; la palidez en la frente, porque padecéis del cuerpo; alejada para siempre de todo lo que amais, según me habeis dicho, tenéis el poder de sonreír. Llorad, llorad; mas quiero eso, porque me hace menos daño.

—Teneis razon, me dijo; soy muy mala cómica: se ven mis lágrimas al traves de mi sonrisa, ¿no es verdad? Pero yo habia llorado mientras estábais fuera, y eso me hizo mucho bien; de suerte que para un ojo menos penetrante, para un hermano menos atento, hubiera podido hacer creer que lo habia olvidado todo.

—¡Oh! estad tranquila, señora, le dije con amargura; pues aunque me acometieran de nuevo todas mis sospechas, estad tranquila, no las creería jamás.

—¿Creeis que se olvide á su madre, cuando se sabe que ella os cree muerta, y que os llora?... ¡Oh, madre mia, pobre madre!... exclamó la condesa deshaciéndose en lágrimas y dejándose caer en el sofá.

—Mirad cuán egoista soy, le dije acercándome á ella; prefiero vuestras lágrimas á vuestra sonrisa: las lágrimas no hacen desconfiar, y la sonrisa es disimulada; la sonrisa es el velo tras el cual se oculta el corazón para mentir. Ademas, cuando llorais, me parece que teneis necesidad de mí para enjugar vuestro llanto... Cuando llorais, tengo la esperanza de que lentamente, á fuerza de atenciones, de cuidados y de respeto, os consolaré; al paso que si ya estais consolada, ¿qué esperanza me resta?

—Mirad, Alfredo, me dijo la condesa con un sentimiento profundo de benevolencia y llamándome la primera vez por mi nombre; no nos hagamos una vana guerra de palabras; entre nosotros han pasado cosas tan estrañas, que nos hemos dispensado, vos de rodeos para conmigo, yo de astucia para con vos. Sed franco; preguntadme; ¿qué quereis saber? Yo os responderé á todo.

—¡Oh, sois un ángel, y yo soy un loco! exclamé; yo no tengo derecho para saber ni para preguntar nada. ¿No he sido tan feliz como puede serlo un hombre, cuando os he encontrado en aquella cueva, cuando os he llevado en mis brazos al bajar la montaña, cuando os

apoyábais en mi hombro en la barca? Así es que... quisiera que os amenazase un peligro eterno, para sentirlos siempre estremecer contra mi corazón. Una existencia llena de sensaciones semejantes seria una existencia gastada muy pronto, y tal vez no se viviria así mas de un año; ¿pero qué vida, por larga que fuera, no cambiaría yo por semejante año? Entonces no os atormentarian vuestros recuerdos de Paris, no fingiriais sonrisas para ocultarme vuestras lágrimas; ¡yo seria feliz... no estaria celoso!

—Alfredo, me dijo gravemente la condesa: bastante habeis hecho por mí, para que yo haga por vos alguna cosa. Ademas, preciso es que sufráis, y mucho, para hablarme así; porque, haciéndolo, me probais que habeis olvidado que yo estoy bajo vuestra entera dependencia. Me causais vergüenza por mí, me haceis mal por vos.

—¡Perdonadme, perdonadme! exclamé yo cayendo á sus rodillas; pero bien sabeis que os amé cuando érais soltera, aunque jamás os lo dije: sabeis que solo mi falta de fortuna me impidió aspirar á vuestra mano; y sabeis tambien que despues que os he encontrado, ese amor, tal vez dormido, pero jamás apagado, se despertó mas ardiente, mas vivo que nunca. Bien lo sabeis, pues no es preciso decir semejantes cosas para que sean sabidas. ¡Pues bien! ¡hé ahí lo que hace igualmente que padezca viéndolos sonreír ó llorar: es que cuando sonreís, me ocultais alguna cosa; es que cuando llorais, me lo confesais todo. ¡Ah! vos amais, y echais de menos á alguno.

—¡Os engañais, me respondió la condesa; si he amado, ya no amo; si echo de menos á alguien, es á mi madre!

—¡Oh, Paulina, Paulina! exclamé: ¿me decís la verdad? ¿No me engañais? ¡Dios mio, Dios mio!

—¿Creeis que sea capaz de comprar vuestra proteccion con una mentira?

—¡Oh, Dios me libre de tal cosa!... ¿Pero de dónde han provenido los celos de vuestro marido? porque solo los celos pueden haberlo llevado á semejante infamia.

—Escuchad, Alfredo; un día ú otro habria tenido que confesaros este terrible secreto; teneis el derecho de conocerlo. Esta noche lo sabreis, esta noche seréis en mi alma, esta noche dispondreis mas

continuada y cruel de nuestras banderías políticas, y que una vez restablecida la calma en los espíritus; una vez abiertos á la clara luz de la razón los ojos que ahora ciegan las pasiones y los resentimientos, se consolide para siempre el orden en nuestro país, y á su sombra adquieran el grado mas alto de desenvolvimiento las libertades política y civil, tan recientemente combatidas por los excesos revolucionarios, y por la resistencia que el gobierno se ve en la necesidad de oponer.

El carlismo se desengañará de que sus pretensiones, además de impotentes, son ridiculas, cuando apenas queda en Europa un rey absoluto; y los partidarios de la revolución habrán de reconocer la debilidad de sus fuerzas para derribar el trono de nuestra reina y afligir al pueblo con grandes calamidades. Por otro lado, los partidos cuyas doctrinas caben dentro del círculo de la ley habrán de hacerse mutuas concesiones, y reunirse al cabo en un terreno común, ó moderar el calor con que han luchado hasta el día. Entonces, cuando el partido conservador no tema ya que su adversario, poco cuerdo ó confiado en demasía, favorezca inocentemente el triunfo de una revolución insensata, liberticida y funesta, no será con él tan parco en concesiones, porque el partido conservador no es, no puede, no debe ser jamás un partido retrógrado, ni un partido estacionario siquiera: debe ser un partido que se propone seguir una marcha progresiva, de perfección y desenvolvimiento. Entonces también el partido que se llama progresista, cuyos buenos deseos y patriotismo nos hallamos muy lejos de poner en duda, habrá reconocido que el orden es la primera necesidad para la conservación de las sociedades, y que el menor trastorno dará por resultado el retroceso, y tal vez el despotismo. *Libertad, orden, progreso*, vendrá á ser el lema común á las dos banderías, y desde aquel momento quedarán todas las diferencias reducidas á puntos secundarios de política ó administración, ó á rivalidades de escasa importancia para el país.

Si este resultado lográsemos para término de tan repetidos disturbios y tan prolongadas desdichas, no hay duda que la España tendría mucho que agradecer á los agitadores de otros países, y al poder conservador, que en circunstancias tan críticas y difíciles nos ha libertado de grandes perturbaciones.

Hemos hecho todo lo posible para adquirir la certeza de la importante noticia relativa á la captura del conde de Montemolin; mas nada fijo nos atrevemos á decir á nuestros lectores. Los diarios ministeriales de ayer y de hoy afirman, sin embargo, que el gobierno ha recibido un segundo parte telegráfico corroborando la noticia, y añadiendo que los detenidos habían entrado en Perpiñán bajo fuerte escolta.

El Herald adelanta mas, y da á entender que Montemolin, para evitarse molestias y complicaciones, habria el mismo dado aviso á la policia francesa y héchese detener. *La España* cree que una de las personas que acompañaban al pretendiente era el coronel Krenker, oficial de la antigua guardia española, que mandó en tiempo de D. Carlos el batallón de argelinos, y hoy secretario del príncipe. Anoche se decía también que Elio se contaba en el número de los detenidos.

No obstante, ni la *Gaceta* de hoy ni los diarios de Bayona

llegados en este día hablan de suceso tan importante, y el *Clamor* lo da como noticia destituida de fundamento.

Sin que nada digan sobre ello los periódicos de París del 5, ni aun el *Galignani* en su edición de las dos de la tarde, leemos en la cotización de la bolsa de París una noticia importantísima, que hacian prever ya las últimas correspondencias de Alemania: la aceptación por parte del rey de Prusia de la diadema imperial, aun cuando bajo ciertas condiciones.

Hé aquí lo que leemos en la cotización de la bolsa de París del 5 á las tres de la tarde:

«La noticia de que el rey de Prusia aceptaba el título de emperador de Alemania ha producido aquí una impresión funesta. Bajo esta impresión se ha verificado la baja de los fondos. Sin embargo, las restricciones de su aceptación parecen escluir los temores de complicaciones políticas que han influido en la bolsa de hoy.»

El gobierno de S. M. el rey de las Dos-Sicilias ha anunciado oficialmente al señor embajador de S. M. en Nápoles, que debiendo emprenderse á la mayor brevedad las hostilidades contra la isla de Sicilia, declara bloqueado el puerto de Palermo y sus cercanías desde los primeros días del mes actual. Los cruceros de la marina real impedirán además de esto, en toda la extensión de las costas de aquella isla, la introducción de armas y cualesquiera otros objetos de guerra.

Lo que se avisa para conocimiento del comercio.

El Herald desmiente de una manera terminante todas las noticias que han circulado estos días, creando cierta alarma, sobre la aparición del cólera en las provincias Vascongadas. En los hospitales de París, el número de atacados del cólera desde el principio de la enfermedad hasta el 4 de abril era de mil seis, de los que han fallecido quinientos sesenta y cinco. De Londres ha desaparecido completamente.

El Herald, *El Clamor* y *El País* se ocupan hoy del manifiesto-programa de la fracción mas avanzada del progreso. *El Clamor* lo trata con cierta indiferencia.

«Por ser demasiado conocidas, dice, las opiniones de *El Clamor* en política y administración, cuyas cuestiones capitales ha dilucidado hasta la saciedad en el largo período de su trabajosa existencia, escusamos entrar en un exámen largo y prolijo de este documento para decir que no estamos de acuerdo con muchos de los principios consignados en la nueva constitución semi-republicana que quisieran dar á la monarquía española los Sres. Aguilar, Avecilla, Rivero y Puig. Pero conociendo la ilustración y buena fe de estos señores, respetamos sus opiniones, así como nos creemos con derecho á que las nuestras sean respetadas.»

Los diarios moderados lo consideran como un programa desacreditado altamente, imposible de realizar en una monarquía constitucional, y que produciría fatal, irresistiblemente, el planteamiento inmediato de la república.

Por boletín extraordinario de la provincia de Toledo, de ayer 9 de abril, se ha publicado una parte del comandante general, anunciando que en la mañana del 8 ha sido alcanzada la facción al salir de la provincia, después de haber pasado el Tajo, nadando los caballos, y con treinta y cinco leguas de marcha. No se ha disparado un tiro en este encuentro; nuestros soldados de caballería han tenido sus espadas en sangre, y se han batido, á ejemplo de los oficiales, cuerpo á cuerpo. Entre los cadáveres de los facciosos se ha hallado el de un coronel llamado Duclós. Se han cogido caballos, armas, y otros efectos.

Los periódicos de Barcelona del 6, recibidos hoy, nos dan la satisfactoria noticia de que el general Concha ha conseguido sorprender y batir á las facciones de Marsal y Saballs, en las escabrosidades de Rupit. El general en jefe cayó sobre ellos en San Aniol, y les hizo treinta y seis prisioneros, entre los que se cuentan tres oficiales y un albeiter francés.

Estas facciones, antes tan numerosas, han quedado reducidas á sesenta infantes y ocho caballos.

Escriben de Girona el 4 que allí corría muy válida la voz de que el secretario de Marsal, Elias de Tordera, se ha presentado á las autoridades de la reina con todos los papeles concernientes á su destino. El cabecilla, apenas lo supo, mandó tocar somaten, dando orden para que lo fusilasen donde lo cogieran.

Sobre esta misma importante derrota nos da nuestro corresponsal de Barcelona, con fecha del 5, los siguientes pormenores:

«En este momento, que son las seis y cuarto de la tarde, acabo de saber positivamente que el cabecilla Marsal fue batido á las diez de antes de anoche en Amer. Acababa de llegar allí con su numerosa partida, muy fatigada por la persecución y ataque sufridos poco antes en el pueblo de Rupit: contaban, pues, tener en Amer algunas horas de descanso, y estaba el mencionado cabecilla alojando su gente, cuando los cayeron encima la columna del coronel Ruiz y otra, y causaron el espanto y desorden consiguientes. Dispersose la facción, pero no sin dejar nueve muertos en el campo, y en poder de nuestras tropas treinta prisioneros y sesenta fusiles, con mas algunos caballos, entre ellos el que montaba Marsal. La luna estuvo alumbrando la derrota de este cabecilla, que pasa con justicia por el mas valiente y aperebido de la facción.

«Anoche entraron preso y atado en Girona al célebre cabecilla Planademunt, que hace breves días fue capturado por el tercio de Fortellá. Es aquel un hombre feroz, que después de haber guerdendo con los carlistas en la lucha pasada fue trabucaire con Felip, y cobijado ahora bajo la bandera carlista, seguía siendo el azote del Ampurdán.

«En esta ciudad nada ocurre de particular.»

Continúan las noticias de Italia siendo el gran interés del momento y la preocupación de los gabinetes de Europa.

Como ya anunciáramos en nuestro último número, las cámaras del Piemonte han sido disueltas: después de la actitud que habia tomado la de diputados, no habia mas salida que esta ó la de una guerra desastrosa con la vencedora Austria.

Naturalmente esta medida ha producido cierta agitación en Turin; pero en Génova la efervescencia ha llegado al mas alto punto. Los desórdenes comenzaron el 29, oponiéndose el pueblo á la entrada de la división *La Marmora*, tropa piemontesa que se cree poco afecta á la causa democrática. El 30 se renovaron con mayor empuje las escenas del 29, apoderándose los revoltosos de la familia del gobernador de la plaza, el general Azarta. El de igual clase, Ferreti, que mandaba el distrito militar, habia sido encerrado en la cárcel pública. Los insurrectos pedían que se les entregasen los fuertes. Nada se dice del general *La Marmora*, que se hallaba en las inmediaciones de Génova. El día 1.º la ciudad se hallaba algo mas sosegada: sin embargo, la mayor parte de los almacenes continuaban cerrados; muchos vecinos se habian salido del pueblo, y otros se atrinchaban en sus casas, dispuestos á defender sus personas y bienes si, como era de temer, los amotinados se arrojaran á cometer toda clase de excesos.

El mariscal Radetzky ha regresado á Milan, donde no ha habido serios amagos de revolución. Tampoco parece tienen gran fundamento las nuevas de una gran sublevación en Brescia, aun cuando se cree que ha habido grande agitación. Se supone que una columna de emigrados, procedente de Suiza, habia provocado el movimiento. También se dice que de resultas de haberse replegado sobre Verona las guarniciones austriacas de Treviso, Vicencia y Padua, una columna de venecianos, al mando del general Pepé, habia entrado en la última de aquellas poblaciones.

Nuestros lectores conocen ya los pormenores sobre la batalla de Novara; no obstante, creemos será leído con interés el siguiente parte del vencedor. Dice así:

«Boletín del cuartel general de Novara 24 de marzo.—El segundo cuerpo del ejército austriaco ha encontrado al enemigo en Olango, y desde luego ha visto que tenia que habérselas con las principales fuerzas enemigas, en número de cincuenta mil hombres: sostuvo el combate con encarnizamiento, atacando al enemigo con energía, y presentando en el campo nuevas fuerzas continuamente.

«Las tropas del archiduque Alberto han hecho prodigios de valor, y empeñándose el archiduque en no ceder ni una pulgada de terreno, los austriacos espermentaron considerables pérdidas por aquel lado. La división Schasgotsche vino en ayuda del cuerpo del ejército del archiduque, pero aun así eran muy superiores por aquella parte las fuerzas enemigas. Sabedor el feld-mariscal Radetzky de este estado de cosas, hizo avanzar á marchas forzadas el 9.º cuerpo del ejército, que el general de artillería d'Aspre habia pedido para apoyarle, y asimismo hizo venir el cuerpo de reserva. A eso de las cuatro de la tarde llegó el tercer cuerpo del ejército, compuesto de catorce batallones, de los cuales entraron siete en la línea de batalla, quedándose los otros siete con la reserva en el centro.

«A las seis ha llegado el cuarto cuerpo del ejército austriaco, y se ha colocado en el camino de Verceil. Entonces ha empezado por todas partes un ataque concéntrico contra el enemigo, que no ha

que de mi vida, porque dispondeis de mi honor y del de toda mi familia; pero con una condicion.

—¿Cuál? La acepto desde luego.

—No me hablareis mas de vuestro amor; yo os prometo, por mi parte, no olvidar que me amais. Y me tendió la mano, que yo besé con un respeto que tenia algo de religioso.

—Sentaos aquí, me dijo, y no hablemos mas de todo esto hasta la noche; ¿qué habeis hecho?

—He buscado una casa pequeña y aislada donde seais libre y señora, porque no podeis permanecer en una fonda.

—¿Y la habeis encontrado?

—Sí, en Picadilly; y si quereis, iremos á verla despues de almorzar.

Entonces tomamos el té, subimos luego en un carruaje, y nos trasladamos á la casa.

Era una linda casita, con persianas verdes y un jardín lleno de flores: una verdadera casa inglesa con dos pisos solamente: el primero estaba preparado para Paulina, y el segundo reservado para mí: el piso bajo era común á ambos.

Subimos á su departamento, que se componia de una antesala, de un salon, de una alcoba, de un retrete y un gabinete de labor, donde habia todo lo necesario para ocuparse de música y dibujo: abrí los armarios, y vi que la dueña de la lencería me habia cumplido la palabra.

—¿Qué es esto? me dijo Paulina.

—Si entráis en un colegio, le respondí, os exigirán un ajuar: este está marcado con vuestro nombre, una P y una N; Paulina de Nerval.

—Gracias, hermano mio, me dijo estrechándome la mano. Esta era la vez primera que me volvia á dar aquel título despues de nuestra explicación; pero esta vez no me hizo daño tal título.

Entramos en la alcoba, y sobre la cama habia dos sombreros de una forma completamente parisense, y un schal de cachemir muy sencillo.

—Alfredo, me dijo la condesa al verlos; debierais haberme dejado entrar sola aquí, puesto que habia de encontrar todas estas

cosas. ¿No veis que me avergüenzo delante de vos por haberos causado tanta molestia?... Luego, no sé si es conveniente...

—Ya me lo devolvereis todo con el precio de vuestras lecciones, le dije sonriendo; un hermano puede prestar á su hermana.

—Y aun puede darle cuando es mas rico que ella, dijo Paulina, porque en semejante caso el feliz es quien da.

—Oh, tenéis razon, exclamé; no se os escapa ninguna delicadeza del corazón!... Gracias, gracias.

Pasamos al gabinete de labor: sobre el piano estaban las romanzas mas nuevas de Mad. Duchange, de Labarre y de Plantade, y las piezas mas de moda de Bellini, de Meyerboer y de Rossini, Paulina abrió un cuaderno de música, y cayó en una meditación profunda.

—¿Qué tenéis? le dije, viendo que sus ojos estaban fijos en la misma página, y que parecia haber olvidado que yo estaba allí.

—¿Cosa rara! murmuró, respondiendo á la vez á su pensamiento y á mi pregunta; hace una semana que yo cantaba esta misma pieza en casa de la condesa de M.; entonces tenia yo una familia, un nombre, una existencia. Ocho días han pasado... y ya nada tengo de todo eso...

Entonces palideció, y cayó, mas bien que se sentó, sobre un sillón, y habiérase dicho que iba á morir. Acerqueme á ella, y cerró los ojos, por lo cual comprendí que estaba entregada á sus pensamientos; entonces me senté á su lado, y apoyándole su cabeza en mi hombro, la dije:

—¡Pobre hermana!

Ella comenzó á llorar; pero esta vez sin convulsiones ni sollozos: eran lágrimas melancólicas y silenciosas; de esas lágrimas que no carecen de cierta dulzura, y que necesitan que los que las miran sepan dejarlas correr. Al cabo de un instante, volvió á abrir los ojos con una sonrisa:

—Os doy gracias, me dijo, por haberme dejado llorar.

—Ya no estoy celoso, le respondí.

—¿No hay un piso segundo? me dijo levantándose.

—Sí, absolutamente igual á este.

—¿Y debe estar ocupado?

—Eso es lo que vos decidiréis.

—Es preciso aceptar la condicion que nos impone el destino con toda franqueza. A los ojos del mundo sois mi hermano, y es muy natural que vivais en la casa que yo habito, al paso que seria muy extraño fuérais á alojarnos en otra parte. Ese departamento será el vuestro; bajemos al jardín.

En este dimos unos cuantos paseos, y Paulina cogió un ramillete de flores, diciéndome:

—¡Ved qué pálidas están estas pobres rosas, y qué poco olor tienen! ¿No tienen el aspecto de desterradas que languidecen lejos de su país? ¿Creeis que ellas también tengan una idea de lo que es la patria y al padecer un sentimiento de su pena?

—Os equivocais, le dije: esas flores han nacido aquí; este aire es la atmósfera que les conviene, y un sol mas ardiente las quemaría. Por otra parte, están criadas para adornar cabellos rubios, y para armonizarse con la tez mate de las hijas del Norte. Para vuestros cabellos negros se necesitarian rosas ardientes como las que florecen en España. Allí iremos á buscarlas cuando querais.

Paulina se sonrió tristemente, y dijo:

—Sí, á España... á Suiza... á Italia... á todas partes, menos á Francia... Y luego siguió andando, sin hablar mas, y deshojando las rosas maquinalmente.

—¿Pero habeis perdido para siempre la esperanza de volver á Francia? le dije yo.

—¿Pues no estoy muerta?

—Pero cambiando de nombre...

—También necesitaría cambiar de semblante.

—¿Pues tan terrible es ese secreto?

—Es una medalla de dos caras, que por un lado lleva un veneno y por el otro un cadalso. Oid, voy á contaros todo eso, pues es preciso que lo sepais, y lo mas pronto posible. Pero decidme vos primero: ¿por qué milagro de la Providencia habeis sido conducido hácia mí?

Sentámonos en un banco, debajo de un plátano magnífico que cubria con su inmenso follaje una parte del jardín. Entonces comencé mi relación, á partir desde mi llegada á Trouville, y se lo conté todo; cómo me habia sorprendido la tormenta y arrojado á la